

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TERCERA INSTRUCCION.

SOBRE LA DIGNIDAD Y EXCELENCIA DEL NOMBRE Y CARACTER DEL CRISTIANO.

Deus . . . donavit illi nomen quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omne genu flectatur.

Dios . . . le dió un nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre Jesus se doble toda rodilla.

Epist. de S. Pablo á los Philipenses, cap. II, vv. 9 y 10.

1 **A** CABO de instruíros, aunque de un modo general, amados hijos, acerca del nombre particular que recibimos en el santo Bautismo, y explicaros en consecuencia las relaciones que cada uno tiene con el Santo de su nombre, y lo que debe practicar para sacar de ellas el mas copioso fruto. Pero yo no debo detenerme aquí: porque esta filiación particular que cada uno de nosotros tiene con el Santo de su nombre, viene á refundirse y engrandecerse en esa otra filiación general, en esa designación católica que representa con un solo signo al inmenso pueblo redimido con la Sangre de Jesucristo, ora milita en la tierra contra los enemigos de su alma, ora se hálle de paso por el lugar misterioso de la purificación, ora finalmente viva y reine con Dios en la Jerusalem de los cielos. ¡Qué signo es este, católicos? El nombre augusto de *cristiano*. De éste precisamente voi á hablaros ahora. La serie de mis instrucciones han de ser colocadas entre dos puntos extremos; uno que establece la excelencia de nuestra condicion, otro que sanciona la imperecedera gloria de nuestro fin. Se os pregunta, si *sois cristianos*; y respondéis con toda la sencillez de la verdad: *si por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo*. Se os pide que expliquéis la significacion de esta palabra *cristiano*; y respondéis, que *cristiano* quiere decir *hombre*

de Cristo, esto es, *hombre que tiene la fe de Cristo, que profesó en su santo Bautismo*. Hé aquí en cuatro palabras encerrada toda la ciencia que nunca pudieron conquistar en tantos siglos los primeros sabios de la antigüedad; la ciencia de la humanidad regenerada en su naturaleza, ennoblecida en su carácter, santificada en su carrera y glorificada en sus destinos. Pero todavía esto parece como la superficie del gran todo, y no sirve, digámoslo así, sino para comprometernos mas y mas en la investigación de la excelencia incomparable del carácter con que nos presenta este nombre divino.

2. ¡Cómo formarnos pues acerca de éste una idea tan grande cual corresponde y quisiéramos tener! Procurando tomarla del mismo Jesucristo: porque, si *cristiano* quiere decir hombre de Cristo, sabiendo quién es Cristo, conocerémos lo que es el verdadero cristiano. Pues bien, Jesucristo es Dios y Hombre verdadero, porque es el Unigénito del Padre, ó como dice nuestro catecismo, el *Hijo de Dios vivo*, y porque se revistió de nuestra naturaleza en las entrañas de María, y como dice nuestro catecismo: *porque es tambien Hijo de la Virgen María*. Veamos pues en primer lugar, cómo Jesucristo es verdadero Dios, cómo sin dejar de ser Dios es verdadero Hombre, y por qué lleva el nombre de *Cristo*; y en segundo, lo que es para nosotros *como Salvador y Maestro*.

I.

3. El Evangelista San Juan, justamente representado en el águila, parece desdeñarse de posar en la tierra: remonta su vuelo hasta los cielos, y en los espacios infinitos de la eternidad busca la primera idea que se propone darnos sobre la historia de Jesucristo.

4. En los primeros versículos del primer capítulo de su Evangelio desprende del seno mismo del Padre y desde la eternidad el principio de esta Persona divina destinada para vestirse en el tiempo de nuestra misma naturaleza. *En el principio era el Verbo, dice, y el Verbo estaba en Dios, y Dios era el Verbo*. Ved aquí claramente señalada la divinidad y eternidad del Verbo. Si queremos tomar aquí la palabra *principio* por el origen de todas las cosas creadas, por el instante primero en que comenzaron á desfilar los siglos y existir el tiempo, vemos que el Verbo existía ya. No se dice que entónces nació, que entónces comenzó; sino que el Verbo era ya, existía ya cuando todavía no comenzaba la creacion. Si pues la creacion nos da las ideas del espacio y el tiempo, y cuando ella no habia comenzado aún, el Verbo existía ya, ¡dónde estaba pues el Verbo! *El Verbo estaba en Dios*, dice San Juan. ¡Cómo comprenderémos esto! ¡cómo, no existiendo aún creatura ninguna, podia estar en Dios ese Verbo? Porque el Verbo no es creatura; y por lo mismo que ántes de haber creaturas no podia estar en Dios cosa que no fuese Dios, el Evangelista termina su primera enunciaci6n con una palabra que derrama un torrente de luz sobre la inteligencia y da toda su plenitud al concepto: *Dios era el Verbo*, dice. Si el Verbo es Dios, ¡qué relaciones tiene con lo existente! *Todo ha sido hecho por él*, nos dice el Evangelista, *y sin él nada hai: en él estaba la vida, y esta vida era la luz de la humanidad*.

5. Habéis visto ya cómo esta luz eterna, resplandeció sin eclipse sobre la mente de nuestros primeros padres durante los momentos fugitivos de su inocencia, y cómo ha-

biendo decaído de aquel grado de perfección á causa del pecado la humanidad, quedó convertida en tinieblas y muerte, según se explicaba Zacarías. Mas como aquella luz divina jamás dejó de difundir sus rayos por el mundo, y á medida que los tiempos marchaban á su plenitud hacia sentirse mejor, el Evangelista nos dice que la luz del Verbo resplandeció en medio de las tinieblas, y sin embargo, éstas no la comprendían: *Lux in tenebris lucet et tenebrae eam non comprehenderunt.* ¿Qué se necesitaba para recibir esta luz que al cabo de tantos años había venido resplandeciendo sin disipar las tinieblas donde caía? Un testimonio inmediato, un profeta del momento, un precursor, que sin ser la luz, se mostrase como testigo de ella. Hé aquí al Bautista, que vino con este objeto expreso, como dice el Evangelista, no como la luz de Dios, sino como el que había de dar testimonio de ella: *non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine.* Todos estos caracteres designan á un Dios; esta Luz es el esplendor eterno del Padre, este Verbo es la segunda Persona de la Trinidad Augusta, es Dios.

6. Al testimonio del Evangelista podrá añadir yo el que dió á la divinidad de Cristo el Apóstol de las gentes. "Teniendo, dice, la naturaleza de Dios, se anonadó tomando la forma de siervo," esto es, la naturaleza humana. Ultimamente, cuando Jesucristo dijo, según leemos en el capítulo décimo, versículo treinta de San Juan: *Yo y el Padre somos una misma cosa*, dió con solo esto un testimonio el más autorizado de su divinidad.

7. Mas Jesucristo es no solamente Dios, sino también verdadero Hombre. En la sangre purificada desde la eternidad por el decreto de un Dios, nacida de la estirpe de Adán pero sin la contaminación de la culpa, el Verbo encarna por obra del Divino Espíritu, y de esta suerte el que antes era solo Dios, quedó hecho juntamente Dios y Hombre; y aquella verdad fundamental que ocupa el primer lugar en el Símbolo católico, anunciando la existencia de un solo Dios, es luego seguida de este otro dogma, bendito y feliz millones de veces que proclama la Encarnación del Verbo, inclinando la fe del universo ante un Dios y Hombre verdadero. Todas las páginas de la Sagrada Escritura están penetradas, digámoslo así, de la Santa Humanidad de Jesucristo. Este divino Personaje aparece donde quiera figurando, no solamente como Dios, sino también como Hombre. Designa el Génesis en el cap. III vers. 15 como el vástago de la mujer, y en el cap. XII vers. 3, dice que ha de descender de los patriarcas. Los profetas le anuncian pintándole de antemano con los caracteres más espléndidos; los personajes más ilustres de la antigua alianza, lo mismo que las instituciones del pueblo escogido, son las figuras que le representan, como lo han reconocido los Padres y lo tiene decidido la Iglesia. El sacerdocio levítico y el sacrificio antiguo son unas profecías monumentales, digámoslo así, del Hombre Dios que había de redimir al mundo. Si del Antiguo pasamos al Nuevo Testamento, encontramos á la Humanidad de Jesucristo narrada como un hecho incontestable. San Matéo y San Lucas hacen su genealogía humana, mientras que San Juan en el cap. I, vers. 14 de su Evangelio ata las dos generaciones, la divina y la humana, una las dos líneas, la de la eternidad y la del tiempo; en esta expresión sublime: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros." El mismo Jesucristo tuvo especial cuidado de inculcar á sus discípulos el dogma de su Santa Humanidad sirviéndose de los argumentos más palpables y materiales; en el cap. XXIV,

vers. 39 de San Lucas, leemos que les decía: "Tocad y ved: los espíritus no tienen carne y huesos como veis que yo tengo?" "El Hijo de Dios, decía San Pablo á los romanos en el cap. I, vers. 3 de su epístola, es descendiente de David según la carne," y San Juan en la suya, cap. IV, vers. 3, enseña que "todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en la carne, viene de Dios."

8. "Ya veis, hermanos míos, cómo Jesucristo Nuestro Señor es Dios y hombre verdadero, cómo es el Verbo eterno, la sabiduría increada, el Unigénito del Padre, ó como dice nuestro manual catecismo, cómo es natural Hijo de Dios vivo; y habéis visto también, cómo es hombre, sin dejar de ser Dios, porque es también Hijo de la Virgen María. Llámase Cristo, y por esto nosotros nos llamamos cristianos. ¿Mas qué debemos entender por esta palabra Cristo? Esta palabra, dice Lactancio, no es un nombre propio; sino un título que designa el poder y la dignidad real; y por esto los judíos llamaban Cristo á sus reyes. Este nombre, derivado de una palabra griega que significa unguir ó hacer una unción, sirvió después para nombrar una persona consagrada por la unción santa. Estaba prevenido á los judíos por su lei hacer y consagrar un perfume para unguir á aquellos que eran elevados á la dignidad real. Por esto nosotros llamamos Cristo al que ellos llamaban Mesías, como si dijéramos unguido ó rei consagrado; porque este augusto Personaje, concluye el escritor citado, posee no un reino temporal, sino un reino celestial y eterno." Elevando pues esta palabra hasta el grado más sublime de que fuera capaz, la consagra la Iglesia para designar con ella al Hijo de Dios vivo, al Verbo encarnado que reunió en su Persona la dignidad de rei, de sacerdote y de Profeta." Hé aquí pues, cómo este Cristo es el Mesías verdadero, porque es el prometido en la lei y en los Profetas, como dice nuestro manual catecismo.

II.

9. Al esplendor vivísimo de estos dogmas, que ponen de manifiesto así la Divinidad como la Humanidad de Jesucristo, volvamos, hijos carísimos, una mirada reflexiva sobre nosotros con el fin de considerar lo que somos por el mismo Jesucristo Dios y hombre verdadero bajo el carácter de cristianos.

10. "Fundar un imperio eterno, para que los hombres fueran eternamente felices y gloriosos, era ya mucho; pero concebir y ejecutar la idea de que una Persona divina se uniese con la naturaleza humana, á fin de que todo se correspondiese en esta nueva y admirable economía, y que pudiese haber un hombre digno de ser el soberano único y eterno de todo el género humano, el jefe supremo y absoluto del imperio que debe resultar de las ruinas de todos los imperios del universo, es una idea, una concepción, un plan que no pudo salir más que de la mente divina, y por lo mismo que no pudo nacer de las ideas de los hombres, trae consigo un indeleble carácter de verdad; plan celestial, que al tiempo que nos muestra la alteza de su sabiduría, nos manifiesta su amor y la felicidad que nos espera."

11. "Jesucristo tiene nuestra alma, nuestros ojos, nuestros órganos y nuestras en-

trañas. Para que le amemos se hizo como nosotros, adoptó nuestra naturaleza, la unió con la suya divina, y por esta union la elevó al mas alto grado de grandeza.¹

12. Y como este Jesucristo es Dios, nosotros participamos de su Divinidad, porque en virtud de su santa humanidad es nuestro hermano, y por consiguiente, la union hipostática de la Divinidad con la humanidad en su Augusta Persona nos hace hermanos verdaderamente de un Dios.

13. ¿Y qué importa para nosotros, hijos míos, el que Jesucristo, sin dejar de ser Dios, sea verdaderamente hombre? ¡Ah! esto es lo que ninguna lengua podría nunca encarecer debidamente: pero oigamos todavía las reflexiones que hace á este propósito el autor citado. "Para vencer, dice, la desproporcion que sujeta todas sus creaturas á los confines limitados, y que las tiene tan distantes de ese Dios infinito, cuyo trono está situado en las alturas de una luz inaccesible, es menester que un carácter sobrenatural venga á mudar en cierta manera el de su moral constitucion, que aumente el precio de su existencia y de sus obras, y que dé á su adoracion, á sus sacrificios, á su amor de Dios y á sus demas buenas acciones un valor que no pueden tener en sí mismas, pues en las facultades que nos son propias todo es pobre, débil y caduco. Es menester que un rasgo del infinito las prepare, para que puedan alcanzar su vista y posesion; que un rayo de la Divinidad resida en ellas de antemano, para que pueda adquirir la eternidad y la gloria de Dios."

14. "Por estos principios, (y el hecho de la Encarnacion del Verbo en las entrañas de Maria,) debemos conocer que el carácter de la gracia que recibimos por Jesucristo, es comunicarnos en cuanto somos capaces su consustancialidad y su igualdad con el Ser infinito, y establecer entre el Hombre-Dios y los cristianos que su gracia ha purificado, una union, ó para decirlo mejor, una unidad tan estrecha, que los méritos de Jesucristo se hagan suyos. El precio de su sangre y de su sacrificio es la propiedad de cada uno de los hijos de su santa adopcion, y nosotros nos trasformamos á los ojos de su Padre, como en otros tantos Cristos del Dios vivo. El Padre reconoce en nosotros las imágenes de su gloria, y nos ve en cierto modo como repeticiones de su Verbo hecho carne."

15. "Desde entónces nuestros suspiros y gemidos adquieren á su vista un valor infinito y divino. Cuando no quedara en el mundo mas que un hombre solo, si este hombre estuviera en la sociedad de la alianza evangélica, su existencia en el universo fuera bastante para glorificar á Dios con cierta dignidad, y para que hallara en la obra de la creacion un objeto proporcionado á la infinita gloria que se da á sí mismo eternamente en el abismo de su propia inmensidad."

16. "¿Qué mortal se hubiera atrevido jamás á dar esta interpretacion á los designios del Omnipotente? ¿Quién hubiera podido imaginar que la idea de Dios, concediendo á Jesucristo todos los dones que ha traído á la tierra, era hacer participar á los hombres su divina y soberana excelencia, si el mismo Hombre-Dios no nos hubiera revelado este gran secreto de su Padre celestial con tanta claridad, que no puede dejar de conocerlo el corazon mas endurecido?"

¹ Olavide, el Evangelio en triunfo, carta XXV.

17. "Jesucristo nos ha dicho en los términos mas claros y positivos, que por él, y en virtud del parentesco que contrajo en su Encarnacion con el género humano, nos hemos incorporado en la sociedad inmortal y gloriosa de que él gozaba en el seno de Dios ántes de la creacion del mundo; que estamos enlazados con él, y con lazos de fraternidad tan fuertes y tan indisolubles, que nos reconoce en presencia de su Padre como carne de su carne y hueso de sus huesos."

18. "Nos ha dicho tambien que si no nos separamos de él, todo lo suyo nos pertenece; que gozaremos con él la propiedad y posesion de todos los tesoros que contiene el divino esplendor con que existe ántes de la aurora; que él es la incorruptible vid en que estamos ingeridos por un modo inflexible; que comunicamos con él íntimamente y sin interrupcion, como las ramas comunican con el tronco vivo á que están unidas, y de que sacan todo su jugo, su calor y su fecundidad. ¿Es posible concebir una pintura mas hermosa y mas energética?"

19. "Después de esto es fácil concebir la grande estimacion que hace el Hombre-Dios de los que reciben su palabra, y no se debe extrañar nos manifieste una ternura tan viva, tan ardiente y tan inalterable, y de que no hai ejemplo en la tierra. ¿Qué sentido tan profundo! ¿Qué amor tan expresivo se manifiesta en el lenguaje que le inspiraba su tierno corazon cuando queria consolar á sus discípulos de las tribulaciones que les harian sufrir sus enemigos!"

20. "¿Con qué amoroso estilo les decia: "Amada grei, que el Padre ha querido confiar á mi vigilancia, no temas la contradiccion de las creaturas, ni la malignidad de los inícuos; porque este gran Dios, que os conoce y os ama, tiene su mas dulce complacencia en prepararos tronos en que juzgaréis conmigo á los prudentes del siglo y á los dueños del mundo! No os dejéis intimidar por los que solo pueden atormentar los cuerpos: el que cree en mí es indestructible, no puede morir, y vos viviréis, como yo vivo. En el gran día de la manifestacion de mi gloria conoceréis este grande misterio de unidad; entónces veréis cómo yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí y yo en vosotros!"

21. "San Pablo encierra de tal modo nuestro destino en el del Hombre-Dios, que nos apropia todos sus triunfos y ya nos ve resucitados, glorificados y sentados con él en la mansion celeste; esto es, que por derecho y en virtud de los misterios que ya se han cumplido en él, que es nuestra cabeza, todos los que le pertenecen son el fruto precioso de su sangre, y están en posesion de sus mismas prerogativas; que el estado de Jesucristo es con cierta proporcion el de todo hombre justificado por su gracia; que la obra de nuestra exaltacion ya está concluida; y que si nos mantenemos firmes en su alianza, nuestra asuncion y residencia eterna á la diestra de su Padre solo las suspende la tardanza de la muerte."

22. ¿Qué podría yo añadir, amados hijos, á los profundos y bien sentidos conceptos del sabio y piadoso autor cuyas palabras acabo de transcribir? "Muéstranse aquí en toda su luz la excelencia del carácter del cristiano, lo infinito de la gracia que nos revistió de

¹ Joann. XIV, 16, y XVII, 21.

² Olavide, Evangelio en triunfo, carta XXV.

este carácter, el rico tesoro de bienes que con él nos fueron comunicados, los títulos inmortales de gloria que recibimos al caer sobre nuestra frente la agua santa del Bautismo. En la sagrada fuente donde renacimos para Jesucristo nos despojamos de la antigua vestidura, triste reliquia del primer pecado, y nuestro entendimiento, y nuestra voluntad, y todo nuestro ser, muertos ántes, revivieron con la vida del espíritu, entraron en el glorioso reino conquistado por la Cruz, recibieron con ésta el escudo para la defensa, la insignia para el combate, y todo el poder de Jesucristo que murió en ella. El carácter de cristiano es indeleble, y con solo haberle recibido, no se le perderá jamás. En los cielos, en la tierra, en los abismos aparece el hombre con este carácter de su regeneración en Cristo. Puede perderse la fe, la gracia, la gloria; puede precipitarse el hombre de abismos en abismos, y abandonando así los caminos de Dios al impulso frenético de sus pasiones, descender al sepulcro entre las maldiciones del cielo y las imprecaciones de la tierra; mas no por esto perderá el carácter de cristiano; le llevará siempre delante de sí, y con él se distinguirá perfectamente, aun cuando quisiera confundirse con todos los pueblos del universo.

23. ¡Ah, hermanos carísimos! «si tuviésemos aquella fe vivísima que hacía de los primeros fieles un pueblo de santos, ¡cómo repasaríamos día y noche este título excelso y sublime, este nombre que hemos heredado del espíritu y no de la carne, esta designación santa que nos presenta como verdaderos hijos de Dios, herederos del cielo, socios de los ángeles y ciudadanos predilectos de la celestial Jerusalén! Sí hermanos míos, en calidad de cristianos hemos vuelto á adquirir el bello título de hijos de Dios, y por consiguiente el derecho á la bienaventuranza. Porque, si somos hijos, dice San Pablo, somos también herederos, herederos verdaderamente de Dios, coherederos de Cristo. ¹ Si somos coherederos de Cristo, tenemos por gracia lo que él tiene por naturaleza, y somos sus hermanos: pues con nosotros hablaba también, tenedlo por cierto, cuando anunció á sus discípulos su regreso de la tierra para el cielo con estas palabras perdurablemente dulces para la esperanza y para el amor: *Asciendo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.* ²

24. «Tal es, oh católicos, la excelencia de este nombre santo y divino. Meditadle todos los días y amadle sin cesar; llevadle con decoro, sostenedle con firmeza, conservadle con constancia, poseedle con provecho y conducidle con gloria hasta el seno mismo de Aquel que, habiéndonos creado para sí, reserva la bienaventuranza eterna para el que haya sabido vivir y morir como cristiano.» ³

¹ Epist. á los Rom. cap. VIII, v. 17.

² S. Joann cap. XX, v. 17.

³ Todo lo que va entre comillas sin una cita especial en esta instrucción, está tomado de mi *Práctica segunda: sobre la excelencia del carácter del cristiano.*

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

CUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LAS OBLIGACIONES QUE NOS IMPONE EL CARACTER Y TITULO DE CRISTIANOS.

Ego sum lux mundi: qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habet lumen vite.

Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no anda en tinieblas; antes bien, le alumbrará la luz de la vida.

San Juan, cap. VIII, v. 12.

1. Los deberes que tenemos en la clase de cristianos, nacen amados hijos, de los vínculos estrechos que nos unen con Jesucristo, y su gerarquía en la escala general de nuestras obligaciones ocupa el mismo lugar que Dios en la indefinida escala de los seres. Por esto la lei divina encabeza sus preceptos con el que nos prescribe amar á Dios sobre todas las cosas con todo el corazón, con toda el alma, y por esto nuestro Señor Jesucristo, preguntado al propósito en cierta ocasión, respondió que «este es el primero y mas grande precepto de la lei»

2. Amar á Dios sobre todas las cosas es querer ántes perderlas que ofenderle, como se explica tan sabiamente nuestro catecismo: es decir, que nada de enanto puede caer bajo la mirada de la inteligencia, mover la voluntad ó afectar los sentidos, debe ocupar un lugar, no digamos ya preferente, pero ni aun siquiera igual al que ocupa en la lei divina el culto plenísimo que debemos á su Autor.

3. Ahora bien, Jesucristo nuestro Señor, en calidad de Maestro del género humano, vino á dar á esta lei sacrosanta una nueva promulgación con su Evangelio; y lejos de que hubiese perdido algo con su venida, recibió de sus mismos labios una nueva san-

cion cuando dijo: "Yo no he venido á quitar la lei, sino á cumplirla,"¹ como si hubiese dicho: "Mi presencia en la tierra es la un Dios-Hombre que ha venido á revelar la lei en toda su integridad, derramando sobre ella en abundancia infinita la luz de la fe, que muestra la divinidad de su origen, y el influjo de la gracia, que somete á la lei todo el hombre sin destruir con esto su libertad. La mision que yo he traído, es la de restaurarlo todo con mi doctrina, con mi ejemplo y con mi sacrificio."

4. Tales son hijos míos, los grandes objetos que trajo al mundo el Cristo de Dios, cuyo nombre llevamos, y con él un título de honor, un poder sublime, una especie de iniciación de inmortalidad. En este triple orden figuran tambien nuestras relaciones con él en clase de cristianos. Las que hai entre maestro y discípulo, entre el tipo y la copia, entre el libertador y el redimido, estas mismas son las que tenemos con Jesucristo cuantos hemos recibido su nombre con el agua que cayó sobre nuestras frentes cuando entrámos en su Iglesia. El mismo no los muestra suficientemente cuando dice: "Yo soi el camino, la verdad y la vida."² Siendo la verdad, no podemos ni debemos buscar en otra parte ni la luz que la manifiesta, ni la palabra que la trasmite, ni la doctrina que la contiene: siendo el camino, no podemos encontrar fuera de su imitación ni la virtud, ni la gloria; y siendo la vida, es claro que, desprenderse de Jesucristo, vale tanto como precipitarse sin remedio en los abismos de la muerte, y al contrario, seguirle será siempre andar á plena luz, no apartarse del camino y alcanzar la vida eterna. Por esto, al manifestarse como la luz del mundo, dice claramente: "El que me sigue no anda en tinieblas; ántes bien, le alumbrará la luz de la vida." *Ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vite.*

5. Ved pues, hermanos carísimos, cómo en esta triple relacion están íntegramente contenidos todos los deberes del verdadero cristiano. Creer todo lo que enseñó, hacer todo lo que mandó con sus palabras y con sus ejemplos, someternos á la lei de la expiación que sancionó con su muerte en una Cruz: he aquí el magnífico resumen de todos los deberes que nos ligan en calidad de cristianos; y hé aquí lo que yo debo al presente demostraros con argumentos que hablen á la inteligencia y con ejemplos ilustres que interesen la voluntad.

I.

6. Cuando Jesucristo subió á una pequeña montaña de Galilea para entregarles á sus apóstoles el triple depósito de su doctrina, de sus ejemplos y de su Sangre, con el fin de conducir á la eterna felicidad á todos los hombres, pronunció estas palabras solemnes: "A mí se me ha comunicado todo poder en los cielos y en la tierra: id, pues, á instruíd á todas las naciones, bautizándolas en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado; y estad seguros de que permaneceré constantemente con vosotros hasta la consumación de los si-

¹ Nolite putare quoniam veni solvere legem aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Math. cap. V, vers. 17.

² Ego sum via, veritas, et vita. Joann. cap. XIV, vers. 6.

glos."¹ Mas detengámonos un poco á reflexionar sobre estas palabras: procurémos penetrar el profundo sentido que en sí contienen y encierran, y sin divagarnos á otro punto, tendremos lo que hasta para medir cuanto cabe la órbita de nuestros deberes cristianos.

7. ¿Por qué motivo, hermanos carísimos, recuerda Jesucristo su plenísimo y universal poder al instituir en la tierra el santo magisterio de la enseñanza? ¿Oh insondable profundidad de los caminos de Dios! ¿Cuán diferentes son ellos de las oscuras y tortuosas sendas del hombre! ¡Cuán inaccesibles al poder de la invención humana los planes que concebía, para ilustrar nuestro entendimiento lleno de tinieblas, el Autor supremo de la verdad! Esta debía descansar en bases mas sólidas y sobre mas profundos cimientos que la verdad simplemente humana, y para esto no debió partir del raciocinio al convencimiento como la verdad filosófica, sino de la autoridad á la creencia, como la verdad católica. Mas, para obrar este prodigio en el mundo, era impotente la demostración, y de todo punto necesaria la fuerza de un poder infinito. Por esto Jesucristo inculca este poder soberano, le muestra residiendo en su Persona, y reviste con él á sus lugartenientes en la tierra, para que sean los custodios, los defensores y los ministros únicos de la verdad revelada.

8. Nacen de aquí varias consecuencias que será mui conveniente manifestar: primera, que en la predicación de Jesucristo se restauró toda la doctrina de la fe tocando á su plenitud; segunda, que esta doctrina tiene una institucion en la tierra para enseñarla y hacerla guardar; tercera, que esta institucion descansa toda en el poder de Jesucristo en los cielos y en la tierra; cuarta, que está toda cifrada en el cuerpo de los pastores sometidos al Papa, cuerpo representado en los apóstoles, á quienes N. S. Jesucristo se dirigía en esta vez, y los cuales reconocian á San Pedro como á su cabeza; quinta, que este cuerpo ministerial, que es la misma Iglesia docente, obra con todos los poderes de Jesucristo sobre los fieles en materia de doctrina y de moral, y por consiguiente tiene el derecho de dar cuantas reglas conduzcan á tan importante objeto; sexta, que como estas reglas constituyen la disciplina, la santa Iglesia tiene una plenísima autoridad sobre el dogma, la moral y la disciplina; séptima, que es continuamente asistida de Jesucristo, y lo ha de ser hasta la consumación de los siglos, y en consecuencia, que posee, no solamente la plenitud del poder, sino tambien la infalibilidad dogmática y moral. San Márcos, al hablar de esta mision de Jesucristo á sus apóstoles y en ellos á todos sus sucesores, añade que sancionó la suprema lei de la doctrina y enseñanza, diciendo: "El que creyere se salvará, y el que no creyere será condenado,"² y de aquí resulta la última consecuencia, y es que fuera de la fe de la santa Iglesia católica, no hai salvación.

10. De esta suerte vemos progresar la idea fundamental de la moral verdadera, la que nos muestra cuál es nuestro fin último y cuáles tambien son los medios de alcanzarle, desde la creación hasta la Iglesia; y esta verdad moral, esta regla fundamental

¹ Math. cap. XXVIII, vers. 18, 19 et 20.

² Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit, qui vero non crediderit, condemnabitur. Marc. cap. XVI, vers. 16.

de conducta, nació pura como el hombre, se afectó necesariamente del pecado, vivió en la esperanza del Mesías durante los cuatro mil años que discurrieron entre Adán y el nacimiento de Jesucristo, fué magníficamente restaurada con su predicacion, y por último, radicada toda en la santa Iglesia.

11. Saquemos, pues, la última consecuencia: "no hai cristianismo fuera de la Iglesia de Jesucristo; porque en ella y no en otra parte se encuentran la verdad, el poder y la santidad que restauró é instituyó divinamente."

12. Ahora bien, como por una desgracia lamentable muchos que habian vivido en el seno de esta santa Madre se separaron de ella desde principios del siglo XVI, y viven fuera sin renunciar por esto al título de cristianos; este título ha venido á formularse en este otro que todo lo comprende, y con el cual nos distinguimos, no solamente del infiel, que no conoce á Jesucristo ni ha recibido el bautismo, y del hereje que ha negado alguno de sus dogmas, sino de todas esas sectas cismáticas que viven fuera de la Iglesia de Dios, y sin embargo se llaman y por sí solas quieren formar Iglesia, como sucedá á los protestantes. ¿Cuál es esta plena designacion? El ser y llamarse *católico, apostólico, romano*: porque el que es todo esto, es un verdadero cristiano, pero no así el que no lo es.

13. Estas sencillas observaciones bastan para conocer que la fe de la Iglesia es la fe de Jesucristo, el gobierno de la Iglesia es la autoridad de Jesucristo, su acción permanente es la del mismo Jesucristo, y por esto decimos que la Iglesia es una, santa, católica, apostólica, romana, y por esto se dice con tanta verdad, que está regida por Cristo y el Papa su Vicario.

14. En la Iglesia es pues donde tiene é probarse la fe del verdadero cristiano. Esta fe debe ser la de un católico á una sociedad católica, y esta es una fe universal; debe ser, no la aceptación de una verdad por el camino de la demostración, sino el vasallaje completo de nuestra razon á la voz definitiva de la Iglesia: nada debe reservarse á nuestro juicio, nada debe sujetarse á nuestro examen, sobre nada tenemos la libertad de elegir: una fe de esta clase es una fe absoluta y humilde; absoluta, porque tiene por última razon la palabra de la Iglesia; humilde, porque es un tributo de obediencia. Por último, no basta creer las primeras verdades; es necesario además aceptar sus consecuencias legítimas y obrar de una manera conforme á lo que se cree.

15. La consecuencia entre la fe y la conducta está cifrada toda en el exacto cumplimiento de la lei de Dios; y por esto se manifestó Jesucristo á los hombres, no solo como la veada, sino tambien como el camino; por este motivo predica y obra, para ser al mismo tiempo nuestro Maestro y nuestro Modelo. Es tan indispensable la consecuencia referida entre ambas cosas, que sin ella no hai verdadera vida moral. La fe sin las buenas obras nos asemeja, segun la expresion de San Pablo, al bronce que suena y á la campana que retine: ¹ es una fe muerta, como dice Santiago. ² En cierta ocasion, queriendo Jesucristo manifestar toda la ventura del hombre que cree en su pa-

¹ Si linguis hominum loquar et angelorum, charitatem autem non habeam; factus sum velut aes sonans, aut cymbalum tintiens. I Cor. cap. XIII, vers. I.

² Fides, si non habeat opera, mortua est. Jacob. cap. II, vers. 17.

labra, expresando al mismo tiempo las calidades propias de esta fe, dijo: "Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan." Oir esta palabra santa es tributarla todos los homenajes de la fe; guardarla es obrar conforme con lo que se cree: oir esta palabra divina es reconocer en Jesucristo la verdad misma; guardarla es seguirle como el camino único que conduce á la felicidad: oir esta divina palabra es tener la fe de Jesucristo; guardarla es cumplir exactamente con su divina lei. Si pues cristiano vale tanto como hombre que tiene la fe de Cristo, y esta fe, cuando justifica, es precisamente porque está unida con la caridad, y supone por lo mismo el cumplimiento de la lei, es claro clarísimo que el carácter del cristiano trae consigo la obligacion indispensable, no solo de creer en el santo Evangelio de Jesucristo y prestar un asenso humilde y absoluto á las decisiones de su Iglesia, sino de observar todos los preceptos. Por esto el mismo Jesucristo dijo á sus discípulos, segun leemos en el capítulo XIV, versículo 15 de San Juan: "Si me amáis, guardad mis preceptos." Esta es la piedra de toque, este es el crisol en que se prueba la verdadera caridad. Es la caridad una virtud y no un sentimiento, y por consiguiente, para conocer si existe, no hemos de buscar los afectos puramente sensibles, sino el concierto de nuestras facultades con la Lei divina. De otra suerte nada importará que nuestra palabra publique nuestra fe: creéremos en Dios, pero no le obedeceremos, y con solo esto quedáremos comprendidos en aquella terrible sentencia en que Jesucristo, citando á Isafas, reprendió la hipocresía de los fariseos: "Hipócritas, les dijo, con razon profetizó de vosotros Isafas diciendo: es-
"te pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí." ¹ El apóstol San Juan, queriendo dar á sus discípulos una regla segura para conocer si tenían á Dios aquel amor que constituye al verdadero cristiano, les dijo terminantemente: "Todo aquel que cree que Jesus es el Cristo, es Hijo de Dios. Y quien ama al Padre, ama también á su Hijo." En esto conocemos que amamos á los hijos de Dios, si amamos á Dios y guardamos sus mandamientos: por cuanto el amor de Dios consiste en que ob-
servemos sus mandamientos." (I Joann. cap. V, vv. 1, 2 y 3.)

II.

16. De todo lo que os llevo dicho, hijos míos, se infiere rectamente que la forma legítima de la vida cristiana consiste nada ménos que en guardar en todo y por todo la fe de Jesucristo en aquel grado en que la supone poseída el apóstol San Pablo cuando dice que "el justo vive de la fe," ² en aquella plenitud con que la muestra el apóstol San Juan, cuando dice que "la victoria que vence al mundo es nuestra fe," ³ en aquella correspondencia feliz de nuestra razon sometida á la palabra de Jesucristo, y de nuestra voluntad y libertad estrechadas suavísimamente con el vínculo de su divina Lei; es decir: en entender con su palabra, sentir con su santísima humanidad, querer con su voluntad soberana, obrar con aquel celo de la gloria de Dios y de la felicidad del hombre

¹ Math. cap. XV, vers. 7 et 8.

² Manifestum est quia justus ex fide vivit. Gal. cap. III, vers. II.

³ Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra. I Joann. cap. V, vers. 4.

que fueron los dos caracteres principales que hizo admirar durante su travesía por la tierra, por este valle de tribulación que recorrió *haciendo el bien*, como dice profundamente el libro de los Hechos Apostólicos. Una fe universal, que cree sin vacilación cuanto Dios dice y la Iglesia enseña; una fe humilde, que abatiendo el entendimiento ante la palabra revelada, nada escudriña, nada contradice, nada exceptúa, y á todo se somete con la docilidad bellísima de la infancia; una fe absoluta, que sin reservas, sin condiciones y sin mas motivo que la veracidad infinita de Dios y la infalibilidad de la Iglesia, cree y profesa su doctrina; una fe consecvente, que por una parte abraza en sus homenajes las consecuencias rectas de las verdades católicas, y en que por otra se juntan el querer de la voluntad y el obrar de la libertad con la fe misma en la lei de Dios: hé aquí el carácter moral que constituye y distingue al perfecto cristiano. ¿Será extraño que quien así corresponde á tan digna y santa vocación se identifique en cierto modo con el mismo Jesucristo? ¡Ah! si él es la verdad misma, la verdad por excelencia, el Verbo eterno de Dios, la figura de su sustancia, el espejo purísimo de su sabiduría increada, la razon única y exclusiva del ser, pues por él fueron hechas todas las cosas, y sin él no ha sido hecho nada de cuanto existe; si es el camino recto y único para la bienaventuranza, pues nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se digna revelárselo; si no es posible absolutamente hacer nada sin él en el sentido de la virtud y la felicidad; es claro clarísimo que quien cree en su palabra, guarda su lei y le imita con sus obras, vive, no ya segun la carne, sino segun el espíritu: no vive en sí mismo, sino en aquel de cuya dignacion y gracia recibió y posee el nobilísimo carácter de cristiano; no en los sentidos y en las creaturas, sino en la santidad y en el Creador. A estos se dirigia el apóstol San Pablo con aquellas dulces y tjernas palabras que dijo á los romanos en el versículo 11, capítulo VI de su epístola: "Considerad que estáis muertos al pecado, y que vivís ya para Dios en Jesucristo." Así es como, por una lei de forzosa consecuencia, goza plenamente de Jesucristo como vida quien ha caminado por Jesucristo despues de haber abrazado su fe. Hai en esta vida un carácter de santidad y al mismo tiempo de gozo tan único en su género, que nada tiene de comun con lo que mas admira el mundo en el tristísimo esplendor de sus grandes, en los mentidos placeres de aquellos á quienes llama felices: esta vida inefable se halla como de tránsito en la tierra, pero su residencia habitual está en los cielos; yace como aprisionada en los sentidos, y clama por que la muerte le arrebatase de estas prisiones para volar hácia Dios. No lo hemos dicho bien todavía: el apóstol San Pablo nos ha dado en sí mismo el concepto, el carácter y la imágen mas perfecta de esta vida feliz, animada toda y solo por Jesucristo: "yo vivo, decia en aquellos tiempos á los fieles de Galacia, como leamos en el versículo 20 del capítulo II de la epístola que les dirigí, "yo vivo *ahora*, ó mas bien "no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí." ¡Concepto profundo, expresion dignísima de su grande objeto!

17. Despues de San Pablo, que recogió en estas pocas palabras la gran ciencia de

1 Nemo scit quis sit filius, nisi Pater; et quis sit Pater, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Inc. cap. X, vers. 22.

la vida cristiana, padieron repetirlas, para encarecer su ventura, cuantos han vivido con la vida de la fe. La historia fecundísima y para siempre ilustre de los héroes del cristianismo, de aquellas almas que no aspiraron á otra ciencia que á la de Jesucristo crucificado, ni buscaron otros gozos que las penalidades de la cruz, las amarguras de la tribulación y las tan espontáneas como severas aflicciones de la penitencia, nos han dejado con su vida y con su gloria una brillante prueba práctica de las verdades que os acabo de exponer. Su fe descansando en bases mas firmes que las que sostienen los elevados montes y su esperanza burlando al mismo tiempo todos los prestigios y todos los temores del mundo, forman el asunto de esta brillantísima historia donde vemos sucederse unas á otras las generaciones de las virtudes, como las generaciones de los hombres. El heroísmo cristiano sostuvo con gloria las terribles pruebas del fierro y del fuego, sentándose con magestad en los cadalsos y en las hogueras, durante esos tres célebres siglos, cuya carrera, para servirme de la frase de uno de los antiguos Padres, quedó señalada con una huella de sangre. El triunfo de la fe, al cabo de tan tremenda lucha, se anunció por fin desde los palacios de los Oscares: la conversion de los príncipes, sucediendo á la fe ya mui extendida de los pueblos, vino á ser, digámoslo así, la señal infalible de que todo el mundo pagano, vencido por las palabras de los apóstoles y animado por la constancia de los mártires, habia por fin humillado su frente, como estaba predicho, ante la Cruz del Salvador.

18. Mas la Iglesia no descansa: la misma paz abrió á sus piés una nueva carrera de combates, aquellos en que el vicio, al abrigo de toda persecucion, tienta con las comodidades de la vida, con el orgullo de la ciencia y con los deleites de la carne, á la abnegacion, á la fe y á la virtud: guerra mas empeñada y terrible que la que acababa de pasar, en que la heregía por una parte y la inmoralidad por otra parecian disputarse el dominio pleno sobre la sociedad cristiana. Entónces, á nuevos combates suceden tambien nuevas victorias: el mundo sufre, digámoslo así, una desercion inmensa: los fieles verdaderos, semejantes á la paloma, todo lo abandonan, de todo precinden; huyen del mundo á la soledad para guarecerse contra los vicios, establecen su domicilio en los desiertos, habitan en las entrañas de los bosques y respiran con mas libertad, y con mas gozo que el opulento en sus palacios, en las ignoradas grutas de los yermos. Este espíritu lleva las virtudes al desierto, que cultivado por ellas, exhala de tan privilegiados seres el buen olor de Jesucristo, el suave y delicioso aroma de la santidad.

19. ¡Qué bello es, al pasar la vista por este cuadro sublime de los confesores, de las vírgenes, de los anacoretas y de tantos y tantos héroes que traspasan con mucho los límites del humano poder, decir aquí lo que á este propósito enseñaba y ponderaba, como es debido, á los fieles de Roma el apóstol de las gentes! "Si Dios está por nosotros, dice, ¿quién contra nosotros? . . . ¿Quién puede acusar á los escogidos de Dios? Dios es el que los justifica . . . ¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo? ¿acaso la tribulación? ¿acaso la angustia? ¿acaso el hambre? ¿acaso la desnudez? ¿acaso el riesgo? ¿acaso la persecucion? ¿acaso el cuchillo? . . . En medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo pro-

“sente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hai de mas alto ni de mas profundo, ni otra ninguna creatura podrá jamas separarnos del amor de Dios que se funda en Jesu-
“sueristo Señor nuestro.” (Rom. cap. VIII.)

20. Hé aquí los gloriosos timbres con que el cristiano fiel, que no satisfecho con profesar la fe, vive segun ella guardando en todo la lei de Dios y penetrado siempre del espíritu de Jesucristo, se manifiesta constantemente como un objeto que fija con respeto la atencion de los cielos, y atrae sin sentirlo la admiracion de la tierra. Hé aquí las señales ilustres que distinguen al pueblo escogido, á la dichosa grej de los predestinados, á los que, no desmereciendo nunca el titulo santo que les dió su bautismo, tampoco pierden jamas la posesion de aquellos títulos que adquirieron á la bienaventuranza desde su feliz entrada en la santa Iglesia de Dios.

21. Contra este inapreciable tesoro de merecimientos y de gloria conspiran en la tierra todos los enemigos de nuestra eterna salud: el demonio con sus delicadísimas, astutas y peligrosas sugestiones, el mundo con sus depravados ejemplos, y la carne con sus mortales estímulos. Dos potencias, una en frente de otra, como dos formidables ejércitos, se levantan dentro de nosotros mismos para disputarse la posesion absoluta de nuestra alma: la de sus enemigos propios y la de Dios con sus socorros y con su gracia. Con ésta serémos invencibles, como de sí afirmaba el Apóstol. Pero, ¡ay de nosotros, si nos damos alguna tregua en tan espantosa lucha! ¡Ay de nosotros, si volvemos atrás la vista ó nos detenemos en el camino de una cautelosa fuga! ¡Ay de nosotros, si en el inmundo altar de la soberbia sacrificamos la humildad, y olvidando lo que somos, desconocemos los caractéres de la fe, los derechos de la Iglesia que la enseña, el precio de la sumision á esta santa Madre, los inminentes riesgos de una razon presuntuosa é independiente! Nuestro naufragio será inevitable, nuestra ruina será infalible.

22. No creo necesario, hijos míos, deber añadir nada para poner en vuestro ánimo una prudente cautela contra estas tentaciones que no pocas veces traen á nuestra fe, ya los ejemplos, ya la circulacion de doctrinas perversas, ya el estímulo de los intereses terrenos, ya el embate de las pasiones. Pero, si es en alto grado necesario salvarse de los peligros que tienden á desnaturalizar la fe; no lo es ménos ponerse á cubierto de los ataques del demonio, del mundo y de la carne, que se esfuerzan por destruir la gracia y la caridad en el alma. Verdad es que el que se conserva en la fe, aunque haya perdido la caridad, no ha hecho el último naufragio en la noble y santa carrera de la esperanza, no lucha con tantas dificultades para volverse á Dios: porque puede aún asirse con el arrepentimiento de la tabla de salud que le ofrece la penitencia; pero debe temer mucho, porque al fin está moralmente muerto para Dios. ¿De qué sirve profesar la fe de Cristo, si no ha de cumplirse la lei de Cristo? ¿Qué importa tener la mas esplendente luz sobre la ciencia de la felicidad eterna, si no se andan sus caminos, poniendo en práctica los medios de alcanzarla?

23. Congratulémonos, pues, hijos míos, por haber sido regenerados en el Espíritu Santo por medio del Bautismo y recibido con el baño sagrado un carácter indeleble y eterno; demos á Dios las debidas gracias por no haber caido en las redes de los incrédulos ni desnaturalizado nuestra fe: pero no quedemos satisfechos con esto, no nos ol-

videmos de que la fe tiene una parte práctica, una vida moral, un requisito de perfeccion última en la posesion de la caridad; de que en calidad de cristianos debemos tener la fe de Cristo y vivir con la vida de Cristo; de que aquella fe, cuando se anima de la caridad y se manifiesta en las obras, produce maravillosos portentos en el hombre, siendo como es, no solamente luz para el entendimiento, sino tambien fuego para el corazon: disipa las tinieblas, descubre la verdad, enfrena las pasiones, crea la virtud, enjuga todas las lágrimas, atrae todos los bienes, santifica la tierra y diviniza la humanidad. La fe de Cristo, vista en toda su perfeccion, es pues, como lo tengo demostrado, no solo el vasallaje de nuestra razon á los dogmas revelados que la santa Iglesia nos enseña, sino la completa restauracion del hombre, su trasformacion absoluta, su permanencia en estado de santidad: es la pureza que se abriga en el candor de la virginidad, y el valor que se infunde en el corazon de los mártires, y el vigor secreto que forma el carácter de los confesores, y la causa motriz, el agente invisible que dirige los pasos del apóstol; es la expresion dulce y tierna de religion y de piedad que tanto nos encanta en los labios del niño, y es, por último, esa resignacion sublime con que, al sonar ya la última hora del tiempo, el verdadero cristiano que ha vivido en ella, obrando siempre segun ella, se recogerá en su Dios para entrar con sosiego en las vías de la eternidad. ¹

1 A esta instruccion podria preceder ó seguir una que tuviese por objeto explicar á los fieles detenidamente los caractéres propios del verdadero cristiano, para distinguirle de muchos que, llamándose tales, piensan y obran de muy diverso modo que lo harian si estuviesen bien penetrados de lo que importa este carácter, de la unidad con que deben profesarse todos los dogmas católicos, y entendiesen cómo, sin la debida sujecion á la Santa Iglesia, falsean con su pensamiento y su conducta todo el magisterio de la doctrina. Mas no he querido incluir aquí una instruccion con tal objeto, por haberlo hecho ya la vez pasada, encabezando con ella las que dirigí á los fieles acerca de la Iglesia. Los Señores Curas, que tienen en su poder aquellas instrucciones, deben, al llegar aquí, leer y explicar la que acabo de citar, y tiene por título: *Sobre los caractéres del verdadero cristiano.*

